

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

De los malos ricos.

Hemos tratado en el último número de nuestra revista, de aquellos ricos que atesoran por medios licitos, ó que adquirieron sus riquezas por título honesto y legitimo. Tambien hemos indicado los deberes que han de cumplir estos hijos de la fortuna, ó mejor, estos administradores de la divina Providencia, si no quieren incurrir en tremenda responsabilidad ante Dios que les pedirá en breve severísima cuenta de los bienes recibidos.

Hoy trataremos de los ricos injustos, avaros y egoistas; y para juzgar su conducta, así como para ofrecer á su consideracion el negro cuadro de sus iniquidades junto con el desastroso fin que les espera, si no aceptan con decision el camino de la penitencia,

abriré el código divino de las sagradas letras y consignaré en este escrito las enseñanzas divinas y los juicios eternos sobre este gravísimo asunto.

Es un hecho demasiado visible, notorio y á saz escandaloso que en el mundo moderno, y á causa de las modernas teorías utilitarias y sensualistas abundan los malos ricos, los ricos que atesoraron sin reparar en los medios, con violacion escandalosa del sétimo mandamiento de la ley divina que dice: *No robarás*. Exponer aquí los innumerables recursos que hoy se ponen en juego para adquirir, ó acrecentar las riquezas, seria tarea difícil ó imposible.

No es este nuestro propósito, sino mas bien presentar en toda su deformidad el pecado de avaricia, y ofrecer una tabla de salva-

ción á los que han naufragado en este *mare magnum* de injusticias, ambiciones y concupiscencias.

El Profeta Isaias levanta la voz contra los malos ricos, y lanza sobre sus cabezas terrible maldición, diciendo: *Veh qui prædatis, nonne et tu prædaberis?* ¡Ay de vosotros los que arrebatáis la presa ajena! Porque también sereis devorados por la ira de Dios que no puede sufrir vuestras iniquidades y maldice desde el cielo el fruto de vuestras rapiñas. Y expone San Agustín las palabras del Profeta, diciendo al ladrón: *Res quam capis, muscipula est; dum capis, cæperis.*

Eso que arrebatas al prójimo, con fraudes, engaños, y suplantaciones inicuas, es un lazo que tiendes a tu alma, un cepo donde quedas prisionero, un abismo en que voluntariamente caes y del cual no podrás salir sin el auxilio de la gracia. Cogiendo lo ajeno, eres cogido por el diablo. *Tenes alienum, detineris á diabolo.*

Difícil es que se rompan estos lazos porque los malos ricos suelen formarse una conciencia falsa acerca de su estado, y el demonio se vale de toda su astucia para infundir en sus almas un sueño fatal, aquella maldita tranquilidad de conciencia que hacia

exclamar á San Bernardo: *Unde hæc maledicta tranquillitas peccati?*

Nada mas frecuente en nuestros tiempos que esa improvisación de riquezas, esas fortunas súbitamente creadas, esas prosperidades fabulosas, debidas casi siempre, no al trabajo honrado, ni á la industria licitamente ejercida, sino á la violación insolente de la justicia natural, y de las leyes divinas.

Y no hay que esperar de estos hombres sincero arrepentimiento y reparación completa de la justicia hollada en sus fueros mas sagrados. De ordinario llegan al término de su vida, y van á caer en las manos del Dios vivo sin haber pensado siquiera en la imprescindible necesidad de la restitución para alcanzar la eterna salvación. ¿De qué les aprovechó tanta riqueza mal habida si al fin vino la muerte á despojarlos de todas las cosas, y lo perdieron todo, perdiendo su alma?

Ahora comprendo aquellas formidables sentencias del Salvador acerca de los malos ricos. «Mas fácil es, decia, hacer que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico se salve.» No dice el Salvador que sea imposible la salvación de los malos ricos. Dios quiere la salvación de to-

dos los hombres, envió su Hijo para salvar á todos los que crean en El, y cierto es que una sola gota de su sangre divina bastaría para la redencion de todos los que se han hecho esclavos del demonio.

Cierto es, está escrito que todo hombre, por grande que sea su crimen, por numerosas que sean sus culpas, mientras está *in via* como se expresan los teólogos, mientras vive en este mundo, es capaz de gracia, y de salvacion; pero tambien es cierto que los malos ricos dificilmente restituyen las riquezas mal habidas, y está escrito que no se perdona el pecado, sino se restituye lo robado. ¿Cómo han de renunciar á la posicion social, á las comodidades y placeres que disfrutan en la sociedad por obra y gracia de sus injusticias? ¿Cómo tendrán alientos para intentar siquiera una obra de reparacion y de estricta justicia que no puede ser emprendida sin romper doradas cadenas, sin arrostrar temerosas contradicciones, sin cargar con la cruz de la humillacion y de las escaseces, sin despedirse para siempre del mundo, de sus pompas, atractivos y vanidades? Dificil es que estos hombres se salven. Colocados en la alternativa de servir á Dios ó al diablo, á la

justicia que manda la restitucion, ó á la iniquidad que los libra de tan pesada carga, obligados á elegir entre dos términos tan opuestos como la restitucion ó la condenacion, cierran los ojos y se arrojan voluntariamente en los abismos de la muerte eterna antes que renunciar al goce de sus riquezas.

Hay pocos Zaqueos, y abundan los ricos epulones. Oigan, pues, los que malamente atesoran, y tengan compasion de sí mismos: *O restitucion, ó condenacion.* Está escrito por la mano de Dios, y Dios no escribe una letra en vano.

El pudor.

Voy á coger esta hermosa flor para presentarla á los jóvenes de ambos sexos. No es decir que los hombres de edad mas avanzada no deban tenerla y conservarla tambien con mucho cuidado, puesto que el pudor es el ornamento de todas las edades, sino que la gracia de un tierno pudor despide un aroma mas esquisito y un resplandor mas vivo en una edad mas tierna.

¿Qué cosa hay mas amable que un joven modesto? ¡Qué bella y qué brillante parece esta perla de las virtudes en la vida y sobre el semblante de un joven! ¿Qué

señal mas cierta y mas verdadera de su bella alma y de lo que se debe esperar de él algun dia? ¿No es ella como una vara de correccion que estando sin cesar presente delante de sus ojos reprime en él todos los movimientos licenciosos é indiscretos? ¿Qué cosa hay mas contraria á toda suerte de palabras impuras y de acciones deshonestas?

El pudor es hermano de la continencia. No hay señal mas visible y cierta de la sencillez é inocencia de una alma. El es una lámpara que luce sin cesar en el santuario immaculado de una alma casta; de suerte que nada de impuro ni de indecente puede entrar allí que ella al punto no lo descubra.

El es destructor de todos los vicios, protector del candor natural del alma, la gloria de la conciencia, el custodio de la reputacion, el ornamento de la vida, el trono de la santidad, las primicias de las virtudes, la alabanza de la naturaleza, y el fundamento de toda honestidad.

No puede la pluma expresar las gracias y encantos que comunica al rostro del jóven el encendimiento de las mejillas, causado por el pudor. Es un bien tan natural esta flor peregrina del pudor, tan natural á nuestra alma

que aquellos mismos que no temen obrar lo malo, temen con todo esa vergüenza, de ser vistos, segun esta palabra del Salvador: El que hace lo malo aberece la luz (1). No vemos tambien, dice el Apóstol (2), que aquellos que hacen alguna accion deshonestá, la hacen de noche, y que aquellos que se embriagan, se embriagan tambien de noche, cubriendo con el manto de las tinieblas estas obras de tinieblas, dignas de ser eternamente ocultadas? Se avergüenzan, no de obrar mal sino de que se vean sus malas obras.

Mientras un jóven conserve el pudor, mientras se avergüence del pecado, y mire con horror todo género de culpas, ya podemos asegurar que conserva su alma la inocencia y las demás virtudes que son su lucido cortejo.

Pero hoy todo conspira contra el pudor, y apenas se deja ver esta flor escogida y perpetuada en algunos corazones privilegiados. Los jóvenes beben hoy como el agua el pecado, cometen la culpa con alegría y celebran las mas feas acciones. Murió el pudor, y se ostentan erguidos la desvergüenza y el cinismo. No

1 Isau. III.

2 1.^a Thessal. V. 7.

se avergüenzan los jóvenes de cometer el pecado, ni se ocultan para cometerlo, antes bien alardean de blasfemos, de impuros y libertinos; así como las jóvenes hacen ostentación de una inmodestia, de una desenvoltura, de una falta de recato y de honestidad que repugna y escandaliza.

Z. M.

—== Dar de comer al hambriento.

(Continuación.)

Iluminó su expresivo semblante con una sonrisa de resignación y consuelo y prosiguió:

—¡Qué le vamos á hacer! daré gusto á mi padre, seré carpintero como el bendito San José y el divino Niño Jesús.

Encaminóse á casa.

Su padre, agobiado por la enfermedad y el sufrimiento, se hallaba en la tienda reprendiendo al oficial y al aprendiz, quienes le respondían con insolencia y malos modos.

Rafael tomó el aserrucho de manos del último, y empezó á trabajar con ardor.

—Pues ¿y eso? interrogó su padre, ¿qué has comido, muchacho? ¿cómo te dá hoy por ahí?

Rafael inclinó la frente y continuó aserrando madera.

—Pero, chiquillo, ¿es que no hay clase?

—Sí, señor, que la hay.

—Y ¿por qué no asistes?

—Porque no tengo libros.

—¡Qué no tienes libros! gritó el anciano pálido de ira. ¿Qué has hecho de los tuyos?

—Los he dado.

—¿Los has dado?

—Sí, padre, á una familia pobre que perecía de necesidad.

—¡Mientes, mientes! vociferó el padre: ¿te los habrás jugado ó los habrás perdido, miserable!

Y avanzó hácia él terrible y amenazador, empuñando el formón con airada mano.

Rafael cruzó las suyas é inclinó la frente.

El padre irritado dejó caer la herramienta á sus pies.

—Y bien, dijo algo calmado, ¿qué piensas hacer ahora?

—Ayudarle en el oficio, padre mio, ser carpintero como deseaba V.

Estas palabras, que parece debieran sosegarle, le exasperaron mas y mas.

¡Ay, que si es verdad que el pobre carpintero echaba de menos á su hijo en el taller, también es cierto que el padre amantísimo se había encariñado ya con la idea de ver á su hijo, no encorbado por el trabajo material y rudo que su vida agobiaba, no inundada su hermosa frente por el sudor de cotidiana fatiga, sino ceñida con los nobles lauros de la inteligencia, erguido y firme sobre el pedestal de su talento y sus glorias!

—¡Con qué esas tenemos! exclamó en el mayor furor. ¡Con qué hemos perdido mas de un año en tonteras y lilailas, sin aprender una palabra de lo único que te convenia, para salir ahora con esa embajada!

Y aquí el pobre viejo amontonó los denuestos más amargos, las imprecaciones más crueles sobre su triste hijo.

Este se sentía poseído de indecible angustia; reprendíale su padre por primera vez en su vida, y lo que mas le apenaba era que en sus injuriosas reprensiones había un fondo de amarga razón.

El negro áspid de la duda volvió á herir el tierno corazón del adolescente; flotaron ante sus ojos sus libros amados con sus elegantes cubiertas y su nombre en letras de oro, y su imaginación recorrió las calles largas y estrechas que conducían á la casita misera.

Pero también esta vez la tentación fué vencida.

Elevó los ojos á Dios, ofreciéndole su sufrimiento, y sus ojos se encontraron con la mirada amantísima y serena de su madre, que con muda elocuencia aprobaba su generosa acción y le decía:

—Ten valor, ten paciencia: Dios te ha inspirado lo que has hecho; porque el bien del bien nace. Fía y espera en su bendita misericordia, que El te lo recompensará.

II.

Estamos á fines de curso; los que fueron condiscípulos de Rafael cosechan ya sus laureles ó sus calabazas, que de todo hay en la viña del Señor. Nuestro amigo trabaja en el taller con ardor é inteligencia, sufriendo con ejemplar mansedumbre el grosero trato del oficial, que no pierde ocasión de herirle y humillarle.

—¡Eh, muchachos! á ver si os llegáis hasta la casa del conde de Casagalante á colocar unas galerías, dijo un criado, asomando, con aire insolente, su cabeza por la puerta.

—Allá vamos corriendo, respondió Rafael.

—Es claro, no hay mas que dejar lo que se tiene entre manos, para colgarle las galerías al señor conde, gruñó el oficial.

—Vaya, hombre, si podemos ganarle al padre un par de pesetas, que buena falta le hacen, ¿por qué las hemos de dejar perder?

Y Rafael cargó con la escalera y las herramientas necesarias.

El otro le siguió de mal humor y peor gana.

Entraron en la casa-palacio y en la magnífica sala donde debían colocar la primera galería.

—Mira, Rafaelillo, cuánto lujo hay aquí; á ti, que te criabas para señorito, estas cosas deben hacerte tilin; por lo menos te habías figurado llegar á tener un palacio como éste.

Rafael contestó como siempre, con el mas absoluto silencio, á los groseros sarcasmos y cuchufletas del operario.

De la sala pasaron al gabinete.

Allí si que hubo una cosa que absorbió toda la atención del muchacho.

Un jovencito como de su edad, que tan engolfado se hallaba en el estudio de unos libros que tenía delante, que ni siquiera reparó en la entrada de los carpinteros.

A su lado, mirándole con bondadosa sonrisa y ojos paternales, estaba el Conde.

¿Qué libros serán esos? preguntóse Rafael. Diría que son de Instituto y de segundo año; estará en visperas de exámenes; parece inteligente y estudioso. Dios le bendiga y le dé buena suerte.

—Rafael, dijo el oficial desde lo alto de la escalera.

El aprendiz, abstraído en sus pasadas memorias, no lo oyó, pero el Condesito levantó la cabeza del libro.

Sin duda se llamaba el mismo nombre.

—¡Bellaural gritó impaciente el oficial.

El Conde y su hijo cambiaron una mirada. El último cerró el libro que tenía delante, y mostró al padre un nombre escrito en el lomo.

—A ver si me traes el berbiquí, so-maula, que siempre estás en Belen con los pastores, decía el carpintero á Rafael, quien procuraba con humildad y presteza enmendar su descuido.

—Acércate, muchacho, díjole afablemente el Conde.

¿Te llamas tú Rafael Bellaura?

—Sí, señor.

—¿Tienes algun pariente de tu nombre que curse en el Instituto de segunda enseñanza?

—No, señor.

—Luego estos libros no pertenecen á nadie de tu familia?

—¡Mis libros! gritó Rafael, arrojándose sobre ellos como un amigo en brazos de otro ausente y querido.

En seguida se repuso, y retrocediendo un paso añadió:

—Esos libros fueron míos á principio de curso.

—¡Tuyos!

—Sí, señor.

—¿Cómo te desprendiste de ellos?

—Para ayudar á una familia que perecía de hambre.

—¿Qué vive en la calle de... n.°...

—Sí, señor.

—Y ¿por qué le diste los libros y no otra cosa?

—Porque era lo único que poseía.

—Bondadoso y noble corazón es el tuyo. Supongo continuarás estudiando...

—¡Ah, señor! ¿cómo sin libros?

—¿Pero tu padre no te premió siquiera tu buena acción comprándote otros?

—Mi padre es muy pobre, y tampoco quiso creer les hubiera dado aquel destino.

—¡Pobre tu padre! ¿Cómo se comprende que te encuadernara estos libros con tanto lujo? Mi hijo no podría usarlos de mayor coste.

—Porque fueron costeados por el Instituto, lo mismo que las matriculas, á causa de haber alcanzado el premio en las tres asignaturas anteriores.

—¡Ah! ¡Eres bueno y desprendido, como estudioso é inteligente!

—Señor, yo no podía contar mas que con mis propias fuerzas para seguir una carrera que mi padre no tenía medios para costearme.

—¿Y te desprendiste de los útiles necesarios é indispensables para proseguirla para atender á una necesidad?

—¡Oh, sí, señor! aquella necesidad era mas grande y perentoria que la de mi carrera.

—¿Qué corazón de oro!

—No, señor; aquello fué inspiración de Dios, porque el bien del bien nace. Dios quería sin duda que yo fuese carpintero y ayudase á mi padre anciano y enfermo, en el oficio. Las carreras son largas, y antes que yo hubiese podido alcanzar los frutos de la mia, la miseria hubiera invadido nuestra casa.

—¿En dónde la tienes?

—Ahí, al volver la primera esquina.

—Pero, Rafael de mis pecados, aprendiz de Lucifer, ¿has venido á ayudarme ó á estar de chachara con los señores? gritó el oficial, perdida la paciencia y el respeto á la casa.

Rafael dió un paso para dirigirse á su puesto.

—Guarda, dijo el conde, mi hijo, tu compañero y tocayo, quiere abrazarte.

El pobre aprendiz sonrió dulcemente, y sin turbarse ni confundirse, tendió sus brazos al hijo del magnate que se arrojó en ellos llorando.

—¿Cómo está la tienda sola? preguntó el tío Pepe á su mujer.

—Porque los muchachos han ido hasta el palacio del conde de Casagalante á arreglar unas frioleras.

—¿No te parece, mujer, que Rafaeillo adelanta en el oficio que es un primor?

—Ya lo creo.

—Con que, si no hubiese perdido aquel año y medio en el dichoso Instituto....

La madre exhaló un suspiro.

—No, si yo tambien hubiera tenido mucha alegría de verle hecho un señor como un templo, mejor que aferrado al yunque del trabajo como su padre; pero hija, es preciso pensar mucho antes de resolver las cosas, porque cuando no se puede, no se puede.

—¿Es al señor Bellaura á quien tengo el gusto de dirigirme? dijo un anciano caballero entrando en el taller.

—Bellaura me llaman, pero á secas cuando no me dicen tío Pepe, señor.

—Yo soy el conde de Casagalante.

—¡Ah, señor conde! pido á usía mil perdones: ¿cómo habia de imaginar.....? ¿en qué puedo tener el honor de servirle?

—¿Tiene V. un hijo llamado Rafael?

—Sí, señor; ahora recuerdo que ésta me ha dicho habia ido al palacio de usía. ¿Es que ese galopin ha hecho alguna trastada?

—Algo ha hecho, respondió sonriendo afablemente el Conde, que me obliga á pedir á Vds. su venia para encargarme de los estudios y la carrera del muchacho; y sabiendo que Vds. necesitan de su trabajo, al privarles de él, le sanalo una pension de diez mil reales anuales para atender á la subsistencia de sus padres, y como quiera que el chico tiene que vivir en union y compañía del mio, y no pienso ejercer la crueldad de separarle de Vds., me permitirán les ofrezca una modesta habitacion en mi palacio.

El pobre tío Pepe no sabia lo que le pasaba: el asombro, la incredulidad y hasta el terror y la pena se reflejaban en su trabajada y franca fisonomia, ya que el pobre viejo empezaba á creer de buena fé que habia perdido el juicio.

Teresa en cambio estaba radiante y serena: en tratándose de su idolatrado hijo, nada le sorprendia. Hubiera visto á los reyes y emperadores de la tierra acudir á deponer cetros y coronas á los piés de su Rafael, y le habria parecido la cosa mas natural del mundo. Además, era madre amantísima y cristiana ferviente, y esperaba en algo grande é inusitado, pero que mas pronto ó mas tarde no podía dejar de suceder.

(Continuará.)

AURORA LISTA.